
La Universidad: espacio para la unidad de las ciencias

*Peter-Hans Kolvenbach, S.J.**

1. INTRODUCCION

Siento una gran satisfacción al encontrarme por primera vez en Bogotá, y poder, en mi condición de Gran Canciller, reunirme hoy con Ustedes, Directivos, Profesores, Alumnos, Colaboradores, Amigos de la Universidad Javeriana.

Sé que el Vice-Gran Canciller y el Padre Rector, han compartido y dialogado con todos los estamentos universitarios criterios e indicaciones muy valiosas que retoman cuanto la Iglesia es, en ella, la Compañía de Jesús, han creído oportuno decir en estos últimos años acerca del quehacer de la educación superior y del espíritu que ha de animar a los seglares y a los jesuitas que comprometen sus vidas en esta noble tarea.

Quiero agradecer el empeño con el que la comunidad educativa Javeriana ha asumido esa tarea, siempre necesaria, de examinarse, inspirada en la tradición ignaciana del discernimiento, para poder desplegar en el futuro —y sin desconocer los grandes logros alcanzados, sino basándose precisamente en ellos— toda la fuerza apostólica necesaria para afrontar los retos de hoy y del futuro.

* Discurso del Gran Canciller de la Universidad Javeriana a la comunidad universitaria, Bogotá 26 de febrero de 1990.

En mis visitas programadas a los jesuitas del mundo entero, y de manera especial a los comprometidos en el trabajo de la educación y la enseñanza, he ido señalando ya las líneas de fuerza que vertebran la opción de la Compañía por el apostolado educativo. Ustedes las conocen bien, porque, inclusive, han realizado algunos Seminarios de Directivos de la Universidad sobre estos temas y documentos.

Me limitaré en consecuencia, a compartir hoy con Ustedes algunas reflexiones que puedan iluminar su ulterior intercambio acerca de cuanto ya están poniendo por obra.

2. LA UNIVERSIDAD COMO UNIDAD DE LAS CIENCIAS

Deseo repetir aquí, con la seriedad que se merece por la importancia que encierra, que la expresión "Universitas" como tal, en la complejidad histórica de la palabra, reclama de todas maneras una llamada a la unidad de las ciencias. Algo tal vez fuera de lugar, si se tiene en cuenta la fragmentación de los saberes por la especialización y, de otro lado, el cuestionamiento radical de cualquier visión unitaria o de toda teoría globalizante.

Pero la Universidad, como unidad y coherencia de las ciencias, jamás puede considerarse acabada. Siempre está en camino desde las ciencias particulares hacia el universal del saber, que no existe y que hay que crearlo universalizando los saberes particulares, relativizándolos y relacionándolos entre sí.

La Universidad no es, por tanto, ni un conglomerado cuantitativo de saberes, ni la sumatoria de todas sus facultades, departamentos e institutos. Es la concepción profunda de que cada ciencia posee solamente una parcela de toda la verdad, y que, por lo tanto, ninguna es capaz de explicar adecuadamente la totalidad de la creación. Mas aún, la referencia a lo universal es posible sólo en la medida en que cada miembro de la comunidad universitaria, corresponsablemente, considera su especialización particular, enderezada a la universalidad del hombre mismo, de su sociedad y de sus valores.

3. LA UNIVERSIDAD CATOLICA

Aquí se inserta tanto lo específico católico como jesuítico del Alma Mater. Es decir, lo que tanto la Iglesia como la Compañía pretenden realizar en favor del hombre tomado en su totalidad, desde y a través de la Universidad.

Repito a este propósito cuanto, hace algunos años, afirmaba de una Universidad hermana: esta institución académica tiene la osadía de ser plenamente católica, más aún, Pontificia. Y al decir esto, Ustedes tienen la convicción de que, en lugar de excluirlo, el carácter católico —en sentido fuerte— refuerza el

carácter universitario de la institución. Católica quiere decir que el universitario estudia y escruta toda la verdad y sólo la verdad, tal como ésta brota de la revelación de Dios, y tal como emerge de la investigación del hombre, iluminada en todos los campos del saber, por esa misma revelación.

La diferencia entre una Universidad Católica y otra que no lo es, consiste en que, en la primera, la docencia y la investigación no son ni siquiera concebibles sin esta coherencia e integración de los saberes en la realidad misma total del hombre, de sus valores, y de lo que la sociedad debe llegar a ser.

Por eso tenemos que subrayar fuertemente que para la Universidad Católica queda manca esa realidad del hombre sin el misterio de la Encarnación, que es la historización de la divinidad y la divinización de la historia. Un misterio que convulsiona nuestras posibles cosmovisiones, dándonos, además, una comprensión distinta de la historia, sencillamente porque Dios un día se hizo historia. Así, incidiendo en todos los órdenes de la vida, este misterio de la Encarnación humanizadora de Dios en Cristo por la fuerza del Espíritu, rescata al hombre como integrador de todo saber y toda ciencia; hace humano-divino este quehacer universitario y anuncia que es posible la realización integral del hombre mediante la tarea de la Universidad que educa para lo universal, y de cuya tarea forman parte, como interlocutores obligados, la Filosofía y la Teología.

Es, pues, esta primacía del hombre, la que apremia a la Universidad Católica y Pontificia, y a la Universidad de la Compañía a empeñarse, no en unos conocimientos puramente teóricos, sino que tengan ante todo como mordiente, el interés de ese hombre tomado en todas sus dimensiones.

Finalizar en favor del hombre, cuyo misterio se esclarece sólo en el misterio del Verbo Encarnado (*Gaudium et spes* 22), he ahí la razón de ser de la labor universitaria.

La III Conferencia General del Episcopado de América Latina nos dirá lo mismo en otros términos: "la Universidad debe formar *verdaderos líderes*, constructores de una nueva sociedad. Esto implica, por parte de la Iglesia y de nosotros sus hijos, que debemos *dar a conocer el mensaje del Evangelio en nuestro medio propio*. Debemos hacerlo eficazmente, respetando la libertad académica, inspirando su función creativa, haciéndonos presentes en la educación política y social de sus miembros, iluminando la investigación científica" (n. 1054).

4. UNIVERSIDAD Y COMPAÑÍA DE JESUS

En realidad, aunque San Ignacio y sus compañeros, con los que fundó después la Compañía, conocían perfectamente la vida universitaria y eran todos gra-

duados de la Universidad de París, no fundaron una Orden dedicada, puntual y exclusivamente, a la educación de la juventud. Se trataba de un Instituto religioso con unas perspectivas muy amplias y flexibles: “la mayor gloria de Dios”, “el provecho de las almas en la vida y la doctrina cristiana”, “la propagación de la fe” por estos medios: lecciones públicas, el servicio de la palabra de Dios, los Ejercicios Espirituales y obras de caridad, muy en concreto la instrucción de los niños e ignorantes, y por último, la espiritual consolación de los fieles oyendo sus confesiones (cf. Fórmula del Instituto aprobada por Paulo III).

Es apenas lógico que en una concepción semejante de vida apostólica, pueda ir madurando con el correr del tiempo la idea de la educación institucionalizada de la juventud, en un hombre como Ignacio que, al tener la doble experiencia de la bondad de una seria formación universitaria y de los efectos catastróficos de la falta de educación, tanto en el clero como en los seglares, va optando por esta forma de apostolado. Al hacerlo, no tiene él la conciencia de estar traicionando el ideal primigenio. Estas concreciones puntuales marcan solamente una evolución y desarrollo ulterior del carisma originario.

Con una docilidad que no se adelanta al Espíritu, Ignacio de Loyola se va dejando llevar a donde lo guía, dentro de la lógica interna evolutiva del carisma inspirado al principio. El concibió el esquema arquitectónico de la Compañía con gran flexibilidad de movimientos “en forma que pueda acometer empresas de más importancia general”. No pretendía Ignacio duplicar la Universidad de París ni los colegios de Vittorino de Feltre. Lo guiaba únicamente la idea del apostolado a través de la educación. Saltar por encima de la sola excelencia académica, que tiene su importancia, aceptando el desafío mayor de provocar una conversión radical, un cambio del corazón, por el que una persona se da la vuelta desde sus intereses egoístas, a una generosidad ilimitada en la entrega al servicio de Cristo y de la implantación de su Reino. Ignacio pretendía de veras educar, formar hombres para los demás, líderes comprometidos seriamente con los valores del Evangelio. Esta meta esencial sigue siendo la razón suprema del compromiso masivo de la Compañía en el ministerio de la enseñanza.

De ese modo, la idea matriz de la forma concreta de apostolado a través de la educación en Colegios y Universidades, tuvo una lenta incubación hasta madurar y convertirse al mismo Ignacio en una axioma indiscutible. En el año de su muerte escribe a Felipe II: “Todo el bien de la Cristiandad y de todo el mundo, depende de la buena educación de la juventud”.

La intuición ignaciana iba por la educación de toda la persona humana, en un bien entendido “humanismo cristiano”, ciertamente con contenidos aca-

démicos excelentes, —¡porqué el punto de partida era una mente bien equipada!— pero además, y sobre todo, con hombres integrados en sí mismos y en la comunidad humana, venidos de todos los estratos de la sociedad, sin acepción de personas, pero con la preferencia eclesial de hoy: el pobre. Eso querían ser los Colegios aceptados por Ignacio. Colegios gratuitos por “fundados”, o sea, que contaran con un capital proporcionado tal, que con sus frutos se sustentasen directivos y profesores, pudiéndose dar la enseñanza a todos totalmente gratuita. “Todos los Colegios de la antigua Compañía, siglos XVI al XVIII inclusive, eran externados gratuitos”. (Los Colegios de la Compañía de Jesús. L. Fernández, S.I. - En INFORMACION S.I., mayo-junio 1987, p. 92).

Este orden de ideas nos lleva a consideraciones muy importantes en lo ordinario de nuestras vidas como educadores jesuitas y como laicos con los cuales la Compañía de Jesús debe cada día más avanzar en una colaboración estrecha, reconociendo y fomentando la propia responsabilidad del laicado y su vocación en la Iglesia y en el mundo (CG 33, D. 1 n. 47).

La terminología nueva usada en la Compañía por su máxima autoridad dentro de la Orden, que es la Congregación General, para reformular la misión hoy, es: el servicio de la fe y la promoción de la justicia; una misión hondamente vinculada con nuestro amor preferencial a los pobres y en solidaridad con ellos. No se trata de una opción exclusiva ni excluyente. No se nos pide que eduquemos únicamente a los pobres económicos, o sea, a los que carecen de medios. La opción abarca y exige mucho más. Porque exige de nosotros que eduquemos a todos, ricos, clase media y pobres, como hemos visto quería San Ignacio, pero desde una perspectiva de justicia. Deberíamos exigir a todos nuestros alumnos que usaran la opción por los pobres como un *criterio*, de manera que nunca tomaran una decisión importante en su vida, sin pensar antes lo que ella puede afectar a los que ocupan el último lugar en la sociedad.

Es el compromiso con el hombre, en la concreción de la opción preferencial por el pobre, o de la promoción de la justicia en nombre del Evangelio.

5. LA UNIVERSIDAD JAVERIANA EN EL CONTEXTO COLOMBIANO

Entiendo que el contexto en que tiene que moverse la Universidad en el concierto del Continente Latinoamericano y, sobre todo, en la presente situación de Colombia —marcada fuertemente por múltiples causas, de origen interno y externo, algunas de antigua data y otras más recientes pero no menos graves—, nos permite señalarle muy inmediatamente el camino que debiera recorrer, si quiere ser fiel a su carácter de Universidad Pontificia y de Universidad de la Compañía.

La promoción de la Justicia es una exigencia y un elemento integrante de toda verdadera evangelización. Esta justicia plenamente evangélica y eclesial comporta para nosotros tareas múltiples. Me limito a indicar algunas: la promoción de los valores, la promoción de la paz, la solidaridad internacional.

El sello último distintivo de la enseñanza jesuítica es la transmisión de los valores según el Evangelio. Eso es lo que siempre ha querido, consciente de que ninguna enseñanza es neutra, sino transmisora de valores, pudiendo éstos contribuir a promocionar la justicia o a impedirlo.

La justicia en nombre del Evangelio puede inspirar al jurista y al político, al sociólogo y al artista, al ingeniero y al médico, al filósofo y al teólogo. Habría que preguntarse siempre cómo llegar efectivamente a esa dignidad reconocida de la persona humana, y cómo desde cada una de las diferentes disciplinas tutelarle sus derechos fundamentales. Y todo esto, concretizado en planes de estudio, cursos, investigación, pastoral, y en la totalidad de la comunidad universitaria.

Gran parte de la juventud universitaria, aturdida por anti-valores propagados por los medios de comunicación, está excesivamente preocupada con hacer su carrera y conseguir su propia satisfacción, no sólo en los países desarrollados, por cómodos egoísmos, sino también en el tercer mundo, por las angustias de la subsistencia diaria. Existente apetencias legítimas, es verdad, buscadas consciente o inconscientemente en la consecución de un título universitario. Pero ni el hombre se integra en sí mismo con la sola satisfacción de ese deseo, ni el mundo acaba ahí para él.

Necesitamos, por tanto, graduándonos que, convencidos de otro tipo de valores, luchemos desde su puesto en la sociedad y desde su profesión particular, por cerrar esa ancha brecha entre el norte del globo y el sur; que, según el Papa actual, no es un fenómeno estacionario, sino que dada la diversa velocidad de aceleración en los países desarrollados y en los países en vías de desarrollo, las distancias tienden a aumentarse (cf. *Sollicitudo Rei Socialis*, n.14).

La Universidad debe también empeñarse decididamente a promover la Paz, una cultura de la paz para Colombia como un fruto maduro de la justicia y una exigencia suya. En un marco contextual como el de Colombia en su historia reciente, no puede evitar la tarea universitaria el ir al encuentro de este hombre en disgregación y fragmentación interior y exterior, por conocidísimas causas como la delincuencia común, el clientelismo político, la corrupción administrativa, la guerrilla, el terrorismo, el secuestro, el narcotráfico, el narcoterro-

rismo. Contra todas las formas de odio, habrá que proclamar, desde la fe, la grandeza del amor cristiano en la fraternidad con cada hombre.

Pío XII llamó a la Paz el fruto de la Justicia. Pablo VI la llamó desarrollo. Juan Pablo II, solidaridad. Una solidaridad de inspiración y fuerzas bíblicas (Sollicitudo Rei Socialis, n. 39). Una solidaridad hecha de gratuidad total, perdón y reconciliación. “Entonces, el prójimo no es solamente un ser humano con sus derechos e igualdad fundamental con todos, sino que se convierte en imagen viva de Dios Padre, rescatada por la sangre de Jesucristo y puesta bajo la acción permanente del Espíritu Santo. Por tanto, debe ser amado, aunque sea enemigo...”. (Sollicitudo Rei Socialis n.49).

Y para terminar, una palabra acerca de la solidaridad y de la cooperación internacional.

Uno de los acontecimientos que más repercusión ha tenido en los últimos meses, en niveles y estamentos muy diferentes, ha sido la noticia de la muerte cruenta de seis jesuitas y de dos colaboradoras seculares en la residencia de la UCA en San Salvador. Sea esta para mí, la ocasión de agradecer a la Javeriana el apoyo y la solidaridad que ha mostrado a la Iglesia y a la Compañía de Jesús con este motivo.

Cinco de los Padres eran hombres de Universidad y todos ellos educadores.

La lectura de esos tristes hechos nos deja varias lecciones: el trabajo por la fe y la justicia comporta riesgos; una Universidad que hace una opción por la fe y la justicia según el Evangelio, presta un gran servicio a la sociedad; finalmente, el conjunto de las Universidades de la Compañía —aún hoy— constituye un notable potencial internacional en favor de la Iglesia, de la evangelización y del servicio de la paz, de los derechos humanos y de los derechos de los pueblos. Nuestras universidades se han hecho sentir en el concierto internacional y, gracias a su voz, la tragedia del Salvador, de su Iglesia y de su pueblo, se ha dado a conocer, y se han urgido soluciones que conduzcan a la paz y a la justicia.

Esta solidaridad universitaria internacional, y particularmente el trabajo de la Universidad Javeriana con otras Universidades de Colombia y del exterior (ASCUN, FIUC), y ahora la Asociación de Universidades de América Latina relacionadas con la Compañía a la que presto todo mi apoyo, como también la Asociación de Antiguos Alumnos, son de especial trascendencia para aportar en común las soluciones necesarias a los complejos problemas de nuestro mundo actual. Muchas gracias.